

Coordinación Psicoanalítica: Función de corte

La arquitectura me enseñó algo sobre la coherencia expresiva. Para “decir algo” en arquitectura hay que hacerlo con todo: con la articulación del espacio, con los materiales, con el manejo de la luz y la sombra, los colores, las texturas, la relación entre llenos y vacíos, el equipamiento, la orientación, etc.: la idea de lo rústico, por caso, se expresa con componentes de lo rústico. Existe, claro, el eclecticismo, el contraste puntual, la paradoja. Llevado al límite, es como si para escribir una novela de vampiros fuese imperativo emplear caracteres góticos, o para interpretar “acabadamente” a Bach hubiera que hacerlo con un clave bien atemperado. Hasta cierto punto analogizo: cuando operamos en la función, herederos del psicoanálisis, debiéramos (el condicional remite a lo utópico de los ideales) hacerlo desde una unidad de acción exigida en cada una de las facetas de nuestro oficio. La función de corte subsume las mil variantes de la experiencia coordinativa y por ello es preciso que nuestro discurso exprese una direccionalidad clara. Caudal al que tributan diferentes vertientes, la intervención del coordinador - sean cuales fueren aquellas vertientes desde la palabra, el silencio, el gesto, la postura corporal, un sonido gutural, un suspiro- tendrá la axialidad de la Castración.

Lejos de las previsibilidades de los rituales del encuadre obsesivo clásico, la Escuela Francesa nos posiciona en las sorpresas del dispositivo histerizado: toda intervención apuntará desde una sombra impensada intentando hacer blanco en el flanco más desguarnecido. Es así como lo inesperado, lo sorprendente, puede horadar la coraza resistiva diciéndole al sujeto profundo aquello que lo conmueva, lo descoloque, para empujarlo a un nuevo lugar, es decir, a una subjetividad enriquecida. Con la guardia baja –o levantada hacia un frente previsible- el sujeto “padece” la intervención; y cuando ésta es verdadero acto, el signo menos de la herida deviene plus de significación, la falta deviene falo.

Demostremoslo por el absurdo: ¿qué gracia causaría un chiste repetido o con remate conocido? ¿A qué cura direcciona un analista cuando su palabra ha sido ya intuida por el analizante? Si el deseo instala deseo y la ley lo potencia, el falo, en sus flashes de cuasi-detentación, faliciza a su vez a los destinatarios de su poder. Simulacro de detentación fálica, la intervención *brilla* por la

ausencia del sujeto en la función e invita, siempre por un camino indirecto, a la erección de cada integrante como falo de sí mismo.

El coordinador se ofrece como objeto atractor de transferencia pero, torero histérico al fin, veroniquea la demanda logrando que los lazos pulsionales lo elijan como objeto, erren el primer blanco, lo rodeen como lenguas que lamen nada, y vuelvan sobre las fuentes que lo tomaron como pretexto. Es por esto que el grupo operativo es “terapéutico por añadidura”, porque no sólo se motoriza hacia sus objetivos en el contexto del proyecto común, sino que induce la emergencia de la subjetividad en el ámbito.

La eficacia de la intervención también descansa sobre el conocido tríptico de imposibilidades: *intenta* un gobierno, una educación, una cura, posponiendo su logro en lo asintótico de los ideales y en la perpetua futuridad del atrapamiento de ‘a’, en tanto *aquello que queda por decir*. Operando sobre los neuróticos del grupo, el coordinador panea desde la atención flotante interviniendo a través de la sucesión de sus discursos -amo, histérico, universitario, analítico- por acción u omisión, mostración velada, partícula de entidad identificatoria, vector que rastrea la falta en las antípodas del escudo defensivo.

Siempre se ha dicho que hay, al menos y en este enfoque arbitrario, tres modos de intervenir: haciendo eje en el integrante, el grupo o la tarea. Debemos tener presente que, así como no existe inconsciente colectivo ni psicología de los grupos, la grupalidad a la que aludimos tiene como último destinatario el sujeto que la integra. Es éste quien finalmente aprende, aprehende, se estereotipa, desea o goza solo, aunque se trate de una soledad que siempre requiera para sus realizaciones -en más o en menos- de otro. Son la existencia y la emergencia de las diversas subjetividades lo que termina por enriquecer al grupo, pero no éste *per se* como entidad gestáltica, no como un nuevo sujeto ni una mente colectiva, sino como aquello representado en la fantasmática de cada uno.

Sabemos que en la neurosis “algo” separa al sujeto de la nada supresora, disolutoria, o cuando menos enloquecedora: el Fantasma. Imaginarizado como una ventana, disponemos de él como última valla, la contención final, aún en la maraña de su horror. En efecto, es el Fantasma de Castración la instancia referencial que el sujeto termina admitiendo, en la cruel transacción de entregar una parte para salvar una integridad acotada. Los terrores del fantasma nos alivian del espanto de la licuefacción. El

encuadre kleiniano, el dispositivo lacaniano, metáforas de esa ventana, instalan en el grupo las fronteras que la institución ofrece en tanto conjunto normativo; se ha dicho que es éste el ámbito que contiene y traduce las ansiedades psicóticas de las que hablaba Pichon. Fondo estable dotado de dinámica propia, el dispositivo, referenciado en el coordinador, otorga al grupo -figura procesual- su condición de posibilidad operativa.

Con destino de objeto 'a', en este caso con categoría de resto que cae, el coordinador arranca desde el lugar del gran Otro en la instalación del dispositivo, y pendula entre ocuparlo o no a lo largo de su función. Si bien busca posibilitar en los integrantes del grupo una experiencia -siempre singular- con relación a la castración, deja entrever su propia barradura, básicamente ligada a la sujeción a la ley que lo preexiste, y, ya sobre el final de la experiencia, como susceptible de falla y por lo tanto agente de disolución de la asimetría.

Así como, al decir de Lacan, "analista es el que sale del consultorio de otro analista", coordinador es el que logra ese "pase" saliendo de un cierto grupo operativo como sujeto coordinado; lo que, como recuerda Miller, no significa acceder al status de una profesión.

La intervención del coordinador no guarda relación con verdad alguna; más bien busca la emergencia de un efecto. Su eficacia es lograrlo reunión tras reunión, en cada integrante por la vía de la unidad de trabajo, tríada pichoniana que enhebra una situación existente, una intervención y una situación emergente. Instancia en que la tercera ley dialéctica se patentiza (tesis-antítesis-síntesis, o negación de la negación) sólo habrá emergente si esa antítesis que produce el coordinador, *traiciona*. Término duro, es sin embargo -y por eso mismo- uno de los puntales de la función paterna. Si bien por nuestra condición de sujetos (de la mente, por lo tanto de la mentira) siempre estamos traicionando -sobre todo a papá, para constituirnos- también el padre debe traicionar a su hijo por la misma razón, es decir, para que éste se constituya. La traición al padre es un modo de *matarlo*, la traición al hijo es un modo de hacerlo vivir. Así como el analista, el coordinador traiciona con su acto interventor, ataca por la espalda, se asegura de la indefensión de ese otro agrupado, en el marco de una formación o de un proyecto.

La propia interpretación, que no deja de ser una traducción, responde al aserto de las letras itálicas: "*traduttore, tradittore*", el

que traduce traiciona, y si bien toda palabra lo hace, la palabra interpretante, como así los demás elementos del repertorio de quien ejerce la función, debe traducir y traicionar, traducir traicionando, traducir para traicionar o como quiera ponérselo. ¿Es posible hacerlo empleando, por caso, un mismo significante? Pues sí, en tanto la palabra proferida vira a otro registro cuando es “repetida” por el asimétrico. Y lo hace así se mantenga el tono, se la escanda, se la formule como pregunta, se la connote con un acento, con otra velocidad de dicción o una afectación determinada.

Operar con una pluralidad de sujetos obliga al coordinador a esfuerzos adicionales: se interviene en el aquí y ahora pero se está atento a la diacronía del proceso, a los roles jugados y a la necesidad de sus rotaciones, a las posibles hegemonías discursivas, a la persistencia de los silencios. Invocante y escópica, flota sobre las cadenas significantes de toda índole –incluso las gestuales de Mead- mientras atiende al petagrama de los discursos, la polisemia, el fallido, la referencia constante a una tarea, la captación del organizador grupal, la calidad del obstáculo, y con el arco de su acto siempre tenso para el aporte que lo legitima como copensor, dispara ya se trate de la construcción elaborada o un movimiento de cejas.

Portadores de una logística dual –cuerpo y palabra- privilegiamos, en tanto coordinadores psicoanalíticos, el significante. Sin embargo, insisto, se trata de un acto. Tal vez asociemos el vocablo al término “pasaje al acto”, emanado de una instancia –al menos en alguna medida- forclutiva; sin embargo nombramos así a todo aquello que se realiza para fundar, para direccionar, para reescribir. La aceptación de la muerte –al decir de Pichon- es condición de posibilidad de todo proyecto; debe, por consiguiente, ser presentificada desde los actos de la función. El coordinador, reminiscencia paterna, por su sola presencia concita lo tanático, pero esta circunstancia no debe ser aminorada por gestos ortopédicos, muleteriles, frente a quienes, por el contrario, se busca fortalecer en la dinámica del “hacerse cargo”, de la admisión de la propia falta en la perspectiva de los ideales grupales.

La función de corte tanatiza en primer término el discurso unario cuando analiza -desmonta- el signo lingüístico, cuando instala el sinsentido o secciona *a discreción* –es decir, transforma lo continuo en unidades discretas- el chiclismo del goce. Al hacerlo, ofrece opciones de goce que direccionan hacia el plus de la producción, y,

en esa medida, también lo hace hacia mayores niveles de subjetivación.

La historia y los mitos nos brindan diversas metáforas de la función de corte y sus consecuencias, vengan éstas por la acción concreta - con frecuencia feroz- o el mero amague: los esturiones de Roma, que dieron al vientre de una madre muerta el tajo cesáreo para que naciera quien luego habría de ser Julio César; Zeus, que con su espada partió en dos al ser andrógino dando lugar al “andros” y al “ginos”, hombre y mujer que por esa separación se buscan; Damocles, que amenaza con la suya por sobre nuestras cabezas; Alejandro Magno, quien cortó el nudo gordiano de resolución imposible; Salomón, a punto de diseccionar a un niño para saber quién era su madre; inclusive Perseo, que decapitó a la mortífera Medusa con ayuda de un espejo interpuesto, pero que al mismo tiempo dio a ver la mirada letal (la estratagema de Perseo no es otra que la del neurótico, aunque éste no tenga más opción, por estructura, que recurrir sin saberlo a ella).

Si el deseo es del Otro, el goce es propio; y desde el momento en que no podemos no gozar, el tiro –siempre por elevación- del coordinador, intenta sustraer de lo “mortífero” metaforizado en la pseudotarea, el apartamiento de las metas fundacionales, la veladura del obstáculo epistemofílico tras el epistemológico, la atracción por terapeutizar al grupo y por lo tanto de convertir al coordinador en un terapeuta. Cuando un *agentecorrector* interviene, propone, dialécticamente, un nuevo posible Eros por vía de Tanatos. Y al hacerlo, en cada espirociclo, “muere”, o mejor en gerundio, transita un “muriendo”, en la quema de sus artificios; en efecto, al decir de Miller, el inconsciente se mueve, se adapta, paradójicamente –por su condición estructural- evoluciona, y al hacerlo en cada sujeto promueve virajes del escudo; es decir: la posible saeta de una intervención encuentra que el campo de *vulnerabilidad* se estrecha, se acota. En esa medida, y más allá de la inventiva del coordinador, las intervenciones “se gastan”. El factor sorpresa declina como lo hace la propia función. Hay por tanto un “muriendo” del signo lingüístico, del goce mortífero, de la condición de objeto que nunca deja de restar en el sujeto, del propio grupo como entidad imaginaria, del discurso que no cesa de caer, de los objetos pulsionales, de las cáscaras de los yoes que no dejan de renovarse si resultan por la misma experiencia pasibles de caída, los saberes congelados desplazados por nuevas formas del pensar, la función misma que finalmente se disolverá en el magma de los

objetos perdidos. Lo contrario –*nunca está de más advertirlo*– conduciría a la pobreza por sumergencia del sentido y la subjetividad, la perpetuación del coordinador en su faz imaginaria, el sesgo melancólico que emana de la imposibilidad de perder los objetos, el apuntalamiento nefando del narcisismo, la sujeción no ya a las tramas de la ley sino a las trampas de la fascinación. Palabra singular, deriva de faz, raíz castiza de haz –la luz que en haces encandila y ciega–, conecta con *fascio* (el facho), el fajo de espigas del fascismo, y con las cuatro categorías de la alienación de las que habla Freud en *Psicología de las masas*: el hipnotismo, la idealización, la sugestión y el enamoramiento.

Postulado como Ideal del Yo de los integrantes, un coordinador tal no proactiva el proceso grupal que Pichon tenía in mente, sino que enajena en una masa ilusoria, *in extremis* fascinada, verdadera mascarada que, por realizarse cotidianamente y desde una profusa institucionalidad, la Psicología Social ha caído en un inmerecido descrédito.

La utilización de la herramienta psicoanalítica queda plenamente justificada cuando Pichon define nuestra actividad por la intersección de dos ejes que no dejan lugar a dudas: estructura social y fantasía inconsciente. Subleva asistir a “enseñanzas” que modelan para la meseta aconflictiva, la armonía imposible, la inflación narcisística, la mera apropiación de una jerga hueca, cuando el grupo operativo, espacio posibilitador de mil experiencias –pero por sobre todo la experiencia de una relación con la Castración– debe fundarse direccionando a un aprendizaje del conflicto, del caos que ordena, nudo de convergencias que fortdatean en la divergencia.

Mario Malaurie

Psicoanalista, Psicólogo social
Director de la “Escuela Psicoanalítica
de Psicología Social”

© Copyright 2008.

"Escuela Psicoanalítica de Psicología Social".

Todos los derechos reservados.

info@psicosocial.com.ar